

llivet. Según su costumbre, Marle el cura se presentó el último, retrasado. Eran diez; los Mazelle, que no podían venir á almorzar, habían prometido formalmente no faltar al café. Fernanda puso á su derecha al subprefecto y al presidente á la izquierda, mientras Delaveau se sentaba entre las dos señoras Leonor y Lucila, y en los extremos estaban Gourier y Boigelin, el cura y el capitán. Habían querido ser pocos para charlar más á su gusto. Además, el comedor, que avergonzaba á Fernanda, era tan pequeño, que el antiguo aparador de caoba estorbaba para el servicio de los comensales, en pasando de una docena. En cuanto vino el pescado, deliciosas truchas del Mionna, la conversación fué á dar sucesivamente á la Crecherie y á Lucas. Y lo que decían estos burgueses instruidos, en situación de conocer lo que llamaban la utopía socialista, apenas suponía más inteligencia ni más juicio que las extraordinarias apreciaciones de los Dacheux y los Laboque. El único que hubiera podido comprender era Chatelard. Pero éste lo tomaba á broma.

—Ya sabéis que chicos y chicas crecen juntos en las mismas clases, en los mismos talleres y supongo que en los mismos dormitorios, de suerte que ahí tenemos una ciudad en pequeño que se va á poblar rápidamente. Todos en familia, todos papás y mamás con una caterva de hijos de todo el mundo.

—¡Oh, qué horror!—dijo Fernanda con aire de profundo disgusto, pues fingía mucho recato.

Leonor, cada vez más influida por la moral severa de la religión, se inclinó hacia el cura, su vecino, murmurando:

—Es una vergüenza que Dios no permitirá.

Pero el clérigo se contentó con levantar los ojos al cielo, pues su situación se hacía tanto más difícil cuanto que no había querido romper con Sceurette y seguía almorzando periódicamente en la Crecherie. Se debía á todas sus ovejas, especialmente á las que habían abandonado el aprisco y él creía capaces de volver á él. A esto lo llamaba perma-

necer en la brecha, luchar contra la invasión del espíritu malo. Se hacía inútil su esfuerzo por santificar la agonía de la vieja sociedad y sentía una tristeza profunda viendo cada vez más escasos los fieles en su iglesia.

Boigelin se puso á contar cierta historia.

—En una pequeña colonia comunista donde ya se ensayó eso, no tenían bastantes mujeres, y ¿qué hicieron? pues iban desfilando y pasaban una noche con cada hombre. A esto lo llamaban el relevo.

Una carcajada aflautada de Lucila resonó tan alegre, que todos la miraron. Pero ella no se alteró, siguió con su aire candoroso; no hizo más que mirar de soslayo á su marido para ver si le hacía gracia el asunto.

Delaveau hizo ademán de no dar importancia á aquello. No le preocupaba lo de las mujeres en común. Lo grave era la autoridad minada, el sueño criminal de vivir sin amo.

—Hay en eso una idea que no se me alcanza.—dijo.—¿Cómo se va á gobernar su ciudad futura? Y no hablemos más que de la fábrica; dicen que llegarán por la asociación á suprimir el salario y que se hará un justo reparto de la riqueza el día en que no haya más que trabajadores que darán cada uno su parte de esfuerzo á la comunidad. No conozco sueño más peligroso, porque es irrealizable. ¿No es así, señor Gourier?

El Alcalde, que comía con la cara metida por el plato, se limpió la boca muy despacio antes de responder, viendo que el subprefecto le miraba.

—Irrealizable, sin duda... Sólo que no hay que condenar á la ligera la asociación. Hay en ella una gran fuerza de que acaso lleguemos nosotros mismos á servirnos.

Esta prudencia indignó al capitán, que gritó fuera de sí:

—¿Cómo se entiende! ¿Llegaría usted á no condenar en redondo los abominables atentados que ese hombre, hablo del tal señor Lucas, medita contra todo lo que amamos,

nuestra vieja Francia tal como la espada de nuestros padres nos la han dejado?

Estaban sirviendo chuletas de cordero con cabezas de espárragos, y hubo entonces un clamor general contra Lucas. Este nombre aborrecido bastaba para aproximarlos á todos, para unirlos estrechamente en el terror de sus intereses amenazados, en una imperiosa necesidad de defensa y de venganza. Se tuvo la crueldad de pedir á Gourier noticias de su hijo Aquiles, el renegado, y el Alcalde tuvo que maldecirlo una vez más. Sólo Chatelard seguía navegando de bolina y procuraba mantenerse en el tono de chanza. Pero el capitán seguía profetizando los mayores desastres si no se hacía volver al orden al faccioso inmediatamente y á patadas; y tal pánico sembró que Boisgelin, ya inquieto, provocó una declaración tranquilizadora de Delaveau.

—Nuestro hombre ya está cogido,—dijo el director del Abismo.—La prosperidad de la Crecherie es apariencia, y bastaría un accidente para que todo se hundiera... por ejemplo, mi mujer me ha dado un detalle...

—Sí,—continuó Fernanda irritada, contenta porque podía desahogarse un poco;—me dió la noticia mi lavandera... Conoce á Ragú, uno de nuestros antiguos obreros que nos ha dejado para irse á la fábrica nueva. Pues bueno, parece que Ragú grita por todas partes que ya está harto de vivir encajonado, que allí se muere de aburrimiento y que no es él solo, y que el mejor día se vuelven para acá todos... El que comience dará el golpe necesario para bambolear á Lucas y aplastarle.

—Pero además,—dijo Boisgelin apoyándola,—tenemos el pleito de Laboque. Supongo que eso bastará.

Hubo otra vez silencio mientras aparecía un pato *au sang*. Aquel pleito Laboque era la verdadera causa de esta reunión amistosa, pero nadie había osado hablar de él todavía, ante el silencio que guardaba el Presidente Gaume. Comía poco; sus ocultos pesares le habían hecho

enfermar del estómago y se contentaba con escuchar á los comensales, mirándolos con sus ojos grises y fríos, á los que de intento no dejaba expresar sus ideas. Nunca se le había visto tan poco comunicativo, y esto llegó á molestarles, porque se quería saber hasta qué punto estaba con ellos y tener por lo menos la certeza de la sentencia que iba á pronunciar. Aunque no cabía en la cabeza de ninguno de ellos que pudiese absolver á Lucas, se esperaba que tuviese el buen gusto de adquirir un compromiso con palabras suficientemente claras.

Fué el capitán quien se lanzó al asalto.

—La ley es terminante, ¿no es así, señor Presidente? Todo perjuicio debe ser reparado.

—Sin duda,—respondió Gaume.

Esperaban algo más. Pero se calló. Y el asunto del Clenque se discutió entonces ruidosamente, para obligarle á comprometerse más en serio. El arroyo infecto se convirtió en una de las galas de Beauclair; no se robaba así agua de un pueblo, sobre todo para dársela á unos aldeanos, después de haberles trastornado el juicio hasta el punto de hacer de su aldea un foco de anarquía furioso, cuyo contagio amenazaba al país entero. Todo el terror burgués apareció, pues la antigua y santa propiedad estaba muy enferma si los hijos de los duros aldeanos de otro tiempo llegaban á poner en común sus cuatro terrores. Tiempo era de que la justicia tomara cartas en el asunto haciendo cesar tamaño escándalo.

—Podemos estar tranquilos,—dijo por fin Boisgelin, lisonjero,—la causa de la sociedad va á encontrarse en buenas manos. Nada está por encima de un juicio justo dado con toda libertad por una conciencia honrada.

—Sin duda alguna,—repitió Gaume simplemente.

Y por esta vez hubo que contentarse con estas vagas palabras en que se quiso ver condenado de seguro á Lucas. Se había acabado: no había más, después de una ensalada rusa, que un helado de fresa y los postres. Pero los estó-

magos estaban satisfechos, se reía mucho y se cantaba victoria. Pasaron al salón para tomar café, y al llegar los Mazelle se les acogió como siempre, con un cariño algo burlón, pues tan excelentes hacendados, delicias de la pereza, enternecian los corazones. La enfermedad de la señora Mazelle no iba mejor, pero estaba encantada porque había obtenido del doctor Novarre unos nuevos sellos, con los cuales podía comer impunemente de todo. Sólo quedaban, para pudrirles la sangre, aquellas cosas abominables de la Crecherie, las amenazas de la supresión de la renta y de la abolición de la herencia. ¿Para qué hablar de cosas tan desagradables? Mazelle, que velaba por su esposa beatíficamente, suplicó a los circunstantes con guiñadas que no se tratase más de aquellos atroces asuntos que comprometían la salud tan vacilante de su mujer. Y fué aquello encantador; se apresuraron todos a vivir todavía la vida feliz, la vida de riqueza y de placer, cogiendo todas sus flores.

Llegó por fin el día del famoso proceso en medio de las iras y rencorés que crecían; nunca pasiones tan furiosas habían trastornado a Beauclair. Lucas al principio se había asombrado y se había reído. La demanda de Laboque le había hecho gracia, pues el pedirle veinticinco mil francos de daños y perjuicios le parecía absurdo. Si el Clouque se había secado, era difícil probar que la causa consistía en haber él tomado y utilizado ciertas fuentes para la Crecherie; estas fuentes además estaban en su dominio, eran de los Jordan, libres de toda servidumbre, de suerte que el propietario tenía el derecho absoluto de disponer de ellas a voluntad. Por otra parte, hubiera sido necesario que Laboque apoyase en hechos el pretendido perjuicio que se le había causado, y esto procuraba demostrarlo con tal torpeza, que ningún tribunal en el mundo podía darle la razón. Como decía Lucas en broma, él era quien debía reclamar una suscripción pública para recompensarle por haber librado a los ribereños del envenenamiento de que

tanto tiempo se habían quejado. El pueblo no tenía más que rellenar el cauce y vender los terrenos para edificar; buena ganga que les haría ganar algunos cientos de miles de francos. Se reía pues, no imaginando que semejante litigio pudiera ser serio. Sólo ante el encarnizamiento de los rencorés, en frente de la hostilidad que en su contra por todas partes crecía, llegó a darse cuenta de la gravedad de la situación y del peligro mortal que amenazaba a su empresa.

Fué esto para Lucas un primer choque muy doloroso. Su candor optimista de apóstol, no era tan inocente que ignorase la maldad de los hombres. En la lucha que él había buscado contra el mundo viejo, ya esperaba que éste no cedería el puesto sin enfadarse y defenderse. Preparado estaba para el calvario que preveía, para las piedras y el lodo con que las turbas ingratas abrumaban por lo común a los precursores. Pero con todo, su corazón vaciló; sintió venir la amargura de las necedades, de las crueldades y de las traiciones. Bien comprendía que detrás del ataque interesado de los Laboque y del comercio menudo, estaba toda la burguesía, todos los que poseían algo, sin querer soltar nada. Su ensayo de asociación, de cooperación, ponía en tal peligro a la sociedad capitalista, basada en el salario, que para ella se convertía en el enemigo público, del cual había que deshacerse a cualquier precio. Y el Abismo, la Guerdache, el municipio, la autoridad bajo todas sus formas, la del patronato, la comunal, la gubernamental se movían, entraban en la lucha, se esforzaban por aplastarle. En la sombra, los egoísmos amenazados se acercaban, se unían, trabajaban con tal complicación de trampas, redes y lazos que se sentía perdido al menor paso en falso. Si caía, la trailla se arrojaría sobre él, sería devorado. Sabía bien sus nombres, uno por uno; los hubiera dicho: los funcionarios, los comerciantes, los simples hacendados de cara alegre que le hubieran comido vivo al

verle desplomarse al volver de una esquina. Reprimiendo los latidos del corazón, se había armado para la batalla, convencido de que nada se funda sin luchar y de que siempre se sella con la propia sangre las grandes obras humanas.

La vista pública ante el tribunal civil, presidido por Gaume, fué un martes día de mercado.

Un continuo rumor llenaba á Beauclair. La multitud que había llegado de las aldeas próximas aumentaba aún la fiebre en la plaza de la Alcaldía y en la calle de Briás. Por esto, inquieta, Sœurette había suplicado á Lucas que se dejara acompañar al tribunal por algunos amigos fuertes. Pero se negó, obstinado; quiso ir solo, como había también querido defenderse él mismo aceptando un abogado sólo por fórmula. Cuando entró en la sala de Audiencias, muy estrecha y ya llena de un público ruidoso, hubo un silencio repentino, la molesta curiosidad que acoje á la víctima aislada y sin armas, que se ofrece al sacrificio. Su tranquilo valor irritó más á los enemigos que le juzgaron insolente. Se quedó en pie ante el banco de la defensa, miró tranquilamente á la muchedumbre que se apiñaba aplastándose, y reconoció á Laboque, Dacheux, Caffiaux y otros tenderos mezclados con la ola anónima de la multitud, rostros inflamados de furiosos enemigos que jamás había visto. Algo le consoló notar que los íntimos de la Guerdache y del Abismo habían tenido á lo menos el buen gusto de no venir para verlo entregar á las fieras.

Se esperaban largos debates y de apasionado interes. No hubo nada de esto. Laboque había escogido uno de esos abogados de provincia con reputación de malignos que son el terror de una región. Y el mejor momento, en efecto, para los enemigos de Lucas fué cuando oyeron á este hombre que sintiendo la fragilidad del terreno legal en que apoyaba su reclamación de daños y perjuicios, se contentó con ridiculizar las reformas intentadas de la Crécherie. Hizo reír mucho con un cuadro cómico y venenoso

de la sociedad futura. Despertó la ruidosa indignación de todos cuando mostró á los niños de uno y otro sexo pudriéndose juntos desde la infancia; la santa institución del matrimonio abolida, el amor volviendo á la bestialidad, las parejas tomándose y dejándose á la ventura para el desenfreno de una hora. No obstante, la opinión general fué que no había encontrado el argumento supremo, el golpe de maza que hace ganar una causa, que aplasta á un hombre. Y fué tal la inquietud, cuando Lucas tomó á su vez la palabra, que sus frases más inocentes fueron acogidas con murmullos. Habló con sencillez, ni siquiera respondió á los ataques contra su empresa; se contentó con demostrar con una fuerza de evidencia decisiva, que Laboque había fundado mal su demanda. ¿No había hecho un servicio á Beauclair si había saneado el pueblo secando el Clouque pestífero, y regalándole excelentes terrenos para edificar? Pero ni siquiera era un hecho probado que los trabajos ejecutados en la Crécherie fuesen la causa de la desaparición del agua, y esperaba que se le diese una prueba cierta. Al acabar, un poco de la amargura de su corazón ulcerado apareció, cuando declaró que si no reclamaba el agradecimiento de nadie por lo que ya creía haber hecho de útil, quedaría muy contento con que le dejasen proseguir su obra en paz sin promoverle enojosas cuestiones. Varias veces tuvo el Presidente que imponer silencio al auditorio; y después que el ministerio fiscal hubo hablado también de una manera confusa, de propósito, dando, y quitando la razón á las dos partes, vino la réplica del abogado de Laboque tan violenta que suscitó clamores al tratar á Lucas de anarquista, empeñado en la destrucción del pueblo; y el Presidente tuvo que amenazar al público con hacer despejar la sala si tales manifestaciones se repetían. Después señaló quince días de término para la sentencia. A los quince días las pasiones todavía estaban más exaltadas. Había golpes en el mercado esperando la sentencia. La casi unanimidad estaba convenci-

da de que Lucas sería condenado á pagar, por lo menos, de diez á quince mil francos de daños y perjuicios, sin contar las consecuencias, la obligación de volver á dejar el Clou-que como estaba. Sin embargo, algunos meneaban la cabeza, no las tenían todas consigo, pues no les había gustado la actitud del presidente Gaume durante la vista. Le llamaban original, hasta se dudaba de que estuviera siempre en su juicio, desde que se le había visto tan sombrío, encerrado en escrúpulos enfermizos de justicia. Otro motivo de inquietud era la manera como había cerrado su casa para todos, al día siguiente de la vista, con el pretexto de una indisposición. Se decía que estaba completamente bueno, que sólo había querido sustraerse á toda presión y no recibir á nadie, para que nadie intentara influir en su conciencia de juez. Con las puertas y las ventanas cerradas ¿qué hacía en el fondo de su casa solitaria, en que no entraba ni su hija siquiera? ¿De qué lucha moral, de qué drama interior era presa en medio de su vida en la cual había caído el rayo sobre lo que había amado, sobre lo que había querido? La sentencia había de publicarse á medio día, al empezar la audiencia. En la sala había todavía más gente que la otra vez; más ruido, más pasión. Estallaban carcajadas de un extremo á otro, iban y venían frases violentas y otras de confianza. Todos los enemigos de Lucas habían acudido para verle aplastado. Y él, muy valeroso, tampoco ahora había querido que le acompañaran, prefiriendo presentarse solo para manifestar así su misión de paz. En pie ante su banco, sonreía, miraba á la sala como si ni siquiera sospechase que toda aquella cólera rugía contra él. Por fin, con gran puntualidad entró Gaume, seguido de dos asesores y del fiscal. El ujier no tuvo necesidad de pedir silencio, todas las voces habían callado de repente, los rostros en tensión ardían de ansiosa curiosidad. El Presidente, que se había sentado, volvió á levantarse con la sentencia en la mano; y permaneció un instante inmóvil, silencioso, mirando á lo lejos, más

allá de la turba. Al fin con voz lenta, sin expresión, comenzó la lectura. Fué larga, pues los considerandos se sucedían con una regularidad monotoná, dando vueltas á las cuestiones en todos sus aspectos, esforzándose en resolver los más leves escrúpulos. El público escuchaba sin comprender bien, sin prever todavía cual sería el fallo, porque el pro y el contra iban desfilando uno tras otro estrechándose con ceñida lógica. Sin embargo, parecía, según se avanzaba, que se adoptaba la tesis de Lucas, la falta de perjuicio real para nadie, el derecho que todo propietario tiene de hacer obras en lo suyo si alguna servidumbre no lo impide. Y el fallo estalló, Lucas estaba absuelto.

Hubo primero en la sala un momento de estupor. Luego, cuando se comprendió bien, silbidos, gritos de violenta amenaza. A la multitud soliviantada, enloquecida por las mentiras de tantos meses, le quitaban la víctima que le habían prometido: y la quería, la reclamaba para desgarrarla, ya que una justicia evidentemete vendida se la arrebatava en el último momento. ¿No era Lucas el enemigo público, el forastero que venía no se sabía de dónde, para corromper á Beauclair, arruinar el comercio y encender la guerra civil amotinando á los obreros contra los patronos? ¿No había, con un fin de maldad diabólica, robado el agua del pueblo, secado un arroyo cuya desaparición era un desastre para los ribereños? Estas acusaciones las repetía «El Diario de Beauclair» todas las semanas, las hacía entrar en las molleras más duras con venenosos comentarios que creaban la necesidad de inmediata venganza. Asimismo todas las autoridades, todos los señores de los barrios burgueses, las pregonaban entre el pueblo bajo, las ampliaban, les daban el apoyo de su poder y de su fortuna. Y la chusma sometida á tal régimen, ciega, rabia-da, convencida de que una peste iba á salir de la Crèche-rie, ya sentía la sangre en los ojos, ya rugía pidiendo muerte. Puños tendidos, gritos redoblados; ¡muera, mue-

ral ¡El ladrón, el envenenador, muera! Muy pálido, rígida la faz, Gaume permanecía en pie en medio del alboroto. Quiso hablar, hacer despejar la sala; pero tuvo que renunciar á que le oyeran. Y sencillamente, por dignidad, hubo de resolverse á suspender la audiencia, retirándose seguido de los dos asesores y del fiscal.

Lucas, siempre sonriente, estaba muy tranquilo en su banco. La sentencia le había sorprendido tanto como á sus adversarios, pues no ignoraba en que aire viciado vivía el Presidente; le creía incapaz de justicia. Y era una confortación encontrar un hombre justo entre tantas miserias humanas. Pero al estallar los gritos de muerte su sonrisa se hizo triste; se volvió hacia la turba rugiente, lleno el corazón de amargura. ¿Qué les había hecho él á aquellos modestos burgueses, comerciantes y obreros? ¡No había querido el bien de todos, no trabajaba para que todos fuesen felices, amándose, viviendo como hermanos! Los puños le amenazaban, le abofeteaban con gritos; los mueras al ladrón, al envenenador eran más violentos. Aquel pueblo infeliz, extraviado, enloquecido por las mentiras, le causaba un dolor profundo, en la ternura que le inspiraba, á pesar de todo. Pero contenía las lágrimas, quería permanecer en pie valeroso y altivo ante el insulto. El público, que se creía provocado, hubiera acabado por romper la barra de encina si los guardias no hubieran conseguido al fin arrojarlo fuera y cerrar las puertas. El actuario en nombre del Presidente vino á rogar á Lucas que no saliera todavía, para evitar un accidente posible, y consiguió que esperara algunos minutos en la habitación del conserje hasta que se disolviera la multitud.

Sin embargo, Lucas sentía una especie de vergüenza y le repugnaba verse obligado á ocultarse así. Pasó en casa de aquel conserje el cuarto de hora más penoso de su vida, creyéndose cobarde si no iba derecho á la multitud sin aceptar aquella situación de culpable alarmado á que se le reducía. Cuando los alrededores del edificio de la Audien-

cia parecieron despejados, ya no quiso oír nada, se empujó en marcharse, volver á casa á pie tranquilamente sin que nadie le acompañase. Solo había venido, solo quería volver. No llevaba en la mano mas que un ligero bastón, que hasta sentía haber traído por temor de que se sospechara que pensaba en defenderse. Lentamente, se puso en marcha calle adelante teniendo que atravesar á todo Beauclair, y nadie pareció fijarse en él hasta la plaza de la Alcaldía. El público que salía de la Audiencia había ido divulgando por el pueblo entero la noticia de la absolución, después de haber esperado á Lucas algunos minutos y seguro ya de que no saldría en algunas horas. Pero en la plaza de la Alcaldía, donde se celebraba el mercado, fué reconocido. Se lo enseñaban unos á otros con ademanes; corrieron rumores, algunos hasta le siguieron, sin malos propósitos todavía, sólo por ver lo que iba á pasar. No había allí apenas mas que aldeanos, compradores, curiosos que no estaban enzarzados en el litigio. Y la situación no comenzó seriamente á ser grave hasta que llegó á la calle de Brias. En la esquina, delante de su tienda, Laboque desatado, furioso por su derrota, gritaba en medio de un grupo, colérico.

Todos los comerciantes, los tenderos al por menor de la vecindad, habían corrido á casa de los Laboque al conocer la funesta noticia. ¿Cómo, con que era verdad, la Crécherie iba á acabar de arruinarlos con sus almacenes cooperativos, puesto que la justicia le daba la razón? Caffiaux aterrado, callaba, revolviendo pensamientos que no decía. Pero Dacheux, el carnicero, era de los más furiosos, encendido el rostro, dispuesto á defender la carne de los ricos, la carne sagrada; y hablaba de matar á todo el mundo antes de bajar los precios ni un céntimo. La señora Mitaine no había venido; nunca había sido partidaria del litigio, declaraba sencillamente que vendería su pan mientras se lo compraran, y que después ya vería. Y Laboque, ardiendo, contaba por la décima vez á un recién venido la abomina-

ble traición del presidente Gaume; cuando de pronto distinguió á Lucas que muy tranquilo pasaba delante de la quincallería, cuya ruina consumaba. Esta audacia acabó de trastornar al tendero; estuvo á punto de arrojarse sobre el enemigo y rugió medio sofocado por la ola de la ira. «¡Qué muera, qué muera! ¡el ladrón, el envenenador, muera!» al llegar frente á la tienda, Lucas sin detenerse se contentó con volver la cabeza para posar un instante la mirada tranquila y valerosa sobre el grupo tumultuoso, de donde salían las sordas invectivas de Laboque. Entonces, todos se creyeron provocados, se levantó un clamor general, que creció y llegó á ser rugido de tempestad: «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador! ¡muera, muera!» Lucas, como si no se tratara de él, continuaba pacíficamente su camino mirando á derecha y á izquierda, como cualquier transeunte á quien el espectáculo de la calle interesa. Casi todo el grupo le seguía, redoblando los silbidos, los ultrajes, las amenazas. «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador, muera!»

Ya no cesó aquello; creció, se desbordaba, según Lucas iba subiendo por la calle de Brias, como de paseo. De cada tienda salían más comerciantes para juntarse á la manifestación. Las mujeres se asomaban á las puertas y le silbaban al pasar. Algunas, exasperadas, hasta corrieron á escape para venir á gritar con los hombres: «¡muera, muera el ladrón, muera el envenenador!» Vió á una joven de suave hermosura, rubia, mujer de un frutero, que le injuriaba enseñando preciosos dientes blancos y le amenazaba de lejos con uñas de rosa como para desgarrarle. Corrían también los niños; uno de cinco ó seis años, no mayor que una bota, se desgañitaba y casi se le metía entre las piernas para hacerse oír mejor, «¡muera el ladrón, muera el envenenador!» Infeliz criatura, ¿quién le había enseñado ya el grito del odio? Y lo peor fué al pasar, en lo más alto de la calle, por delante de las fábricas. Aparecieron en las ventanas obreras de la zapatería Gourier que rugieron

y batieron las manos. Luego hasta hubo obreros de las fábricas Chodorge y Miranda, que fumaban en la acera esperando el toque de campana para volver al trabajo, y también entraron en la manifestación embrutecidos por su esclaviud. Uno delgado, de pelo rojo, de ojos grandes, turbios, corría como loco vociferando con más fuerza que todos «¡muera, muera el ladrón, muera el envenenador!»

¡Ah, qué subida aquella de la calle de Brias, con esta turba creciente de enemigos mordiéndole los talones, innoble oleaje de injurias y amenazas! Recordaba Lucas la noche de su llegada á Beauclair cuatro años antes, el negro pisotear en el lodo de aquellos desheredados, hambrientos, que en aquella misma calle le habían llenado el alma de una compasión tan eficaz que se había jurado dar la vida en bien de los miserables. ¿Qué había hecho en cuatro años para que tantos odios se amontonasen contra él hasta verse acorralado por la turba amotinada que rugía *muera*? Había sido el apóstol del mañana, de una sociedad solidaria y fraternal, reorganizada por el trabajo noblecido, regulador de la riqueza. Había dado un ejemplo, esta Crécherie donde la ciudad futura estaba en germen, donde reinaban ya la mayor justicia y ventura posibles. Y aquello bastaba, el pueblo entero le tenía por un malhechor y lo adivinaba detrás de aquella turba que le seguía, ladrándole. ¡Qué amarguras, qué dolor en esta aventura común del calvario que siempre el justo tiene que subir, golpeado por los mismos cuya redención busca! Disculpaba el odio de aquellos burgueses cuya digestión tranquila turbaba, aterrados si tenían que partir sus goces egoístas. También disculpaba á los tenderos que se creían arruinados por él, cuando sólo imaginaba un empleo mejor de las fuerzas sociales para evitar una pérdida inútil de la fortuna pública. Hasta disculpaba á los obreros que había venido á librar de la miseria, para los cuales levantaba con tanto trabajo su ciudad de justicia, y que le silbaban, le insultaban, por lo mucho que habían oscureci-

do su cerebro y enfriado su corazón. Era la muchedumbre ignorante que se rebela contra el que quiere su bien, y se niega á dejar el lecho de esclavitud en que agoniza, y se hunde en el hambre, en la secular basura, cerrando ojos y oídos á la dicha que nace. Pero si á todas las disculpaba, piadoso y afligido ; cómo le sangraba el corazón al ver entre los más airados á aquellos trabajadores de la fábrica y del taller, á los que él quería convertir en los hombres nobles, libres, felices de mañana!

Lucas subía, subía; la calle de Brías no se acababa y la jauría desencadenada había aumentado aún, los gritos no cesaban:

—¡Muera el ladrón, muera el envenenador!

Se detuvo un instante, se volvió, miró á aquella gente, para que no creyesen que huía. Había un montón de piedras delante de una casa en construcción; un hombre se bajó, cogió un guijarro y se lo arrojó á Lucas otros al punto hicieron lo mismo y llovían piedras entre una tempestad de amenazas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Ahora le lapidaban. No hizo ningún ademán, echó á andar otra vez, acabó de subir al calvario. Sus manos estaban vacías, sin más armas que el bastón ligero que puso bajo el brazo. Y seguía muy tranquilo, con la idea de que su misión le hacía invulnerable si había de cumplirla. Mas el corazón dolorido sufría horriblemente maltratado por tanto horror y demencia. Lágrimas le subían á los ojos y necesitaba un gran esfuerzo para no dejarlas correr á lo largo de sus mejillas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Una piedra le dió en el tacón, otra le rozó el muslo.

Ya era aquello un juego, andaban en él los niños. Pero faltaba puntería, las piedras rebotaban en el suelo. Dos veces sin embargo pararon tan cerca de su cabeza que pudo creérsele herido, abierto el cráneo. Ya no se volvía, seguía subiendo la calle de Brías con el mismo paso de tranquilo

paseante que se vuelve á casa. Angustiado por tan furiosa ingratitud, parecía que ni siquiera quería saber lo que pasaba detrás de él á lo largo de aquella calle de la Amargura donde sufría su martirio. Pero al fin una piedra le alcanzó, le desgarró la oreja derecha, mientras otra le hería en la mano izquierda, cortándole la palma como de una cuchillada. Y la sangre corria, cayó en anchas gotas rojas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Un sacudimiento de pánico detuvo á la multitud. Muchos huyeron cobardes. Las mujeres gritaron, se llevaron á los niños en brazos. Ya no hubo más que curiosos que seguían corriendo. Lucas continuando por la calle de la Amargura no había hecho más que mirarse la mano, sacó el pañuelo engugó la oreja y envolvió con él la palma de la mano que sangraba. Acortó el paso, sintió el galopar de la turba que se acercaba, y otra vez les hizo frente, al sentir en la nuca el soplo ardiente de la jauría que le perseguía. En primera fila corría con ansia frenética el obrero pequeño y flaco de pelo rojo de grandes ojos, turbios. Se decía que era un herrero del Abismo. Llegó de un brinco junto al hombre á quien venía acosando desde el principio de la calle, y con el mayor furor sin que se pudiera saber de donde venía aquel frenesí de odio, le escupió en el rostro.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Lucas ya estaba por fin en la más alto de la calle de Brías, y esta vez vaciló bajo el abominable ultraje. Se le vió palidecer horriblemente, mientras en un arranque involuntario de todo su cuerpo el puño sano se levantaba terrible y vengador. De un golpe hubiera aplastado al hombrecillo como enano miserable junto á un triunfante coloso. Pero Lucas, fuerte, bizarro, tuvo tiempo de contenerse. No dejó caer el puño. Pero aquellas dos lágrimas, grandes, corrieron á lo largo de las mejillas, lágrimas de infinito dolor que había podido contener hasta entonces, pero que ya no era capaz de ocultar en la última amargura de la



hiel que le ponían en los labios. Lloraba sobre tanta ignorancia, sobre tanta equivocación, sobre aquel triste y querido pueblo que no quería ser salvado. Hubo burlas, sarcasmos, y se le dejó entrar en casa ensangrentado y solo.

Lucas se encerró, quiso estar solo en el pabellón que seguía habitando á lo último del parque sobre el camino de Combettes. El verse absuelto no le hacía forjarse ilusiones. Las inmundas violencias de aquella tarde, la multitud que le había acosado, decían qué guerra se le iba á hacer, ahora que el pueblo entero se sublevaba. Eran las convulsiones supremas de la sociedad moribunda, que no quería morir. Resistía furiosamente, se defendía con el ansia de detener á la humanidad en su marcha. Unos, los autoritarios, ponían su salvación en la represión implacable; otros, los sentimentales, invocaban el pasado, su poesía, todo lo que el hombre lamenta abandonar para siempre; algunos desesperados se unían á los revolucionarios, con el afán de acabar cuanto antes. Y Lucas había sentido así, pisándole los talones, á todo Beauclair que era un mundo en pequeño en medio del ancho mundo. Si permanecía en medio de su terrible amargura valeroso y resuelto á la lucha, no por ello era menos mortal su tristeza. Quería agotar aquella noche toda su inmensa pena, porque deseaba que nadie de ella conociera nada. Cuando se sentía desfallecer, que era pocas veces, prefería encerrarse de aquella suerte, y beber hasta las heces de su amargura para volver á presentarse ya curado y valiente. Había echado el cerrojo á puertas y ventanas dando orden absoluta de no dejar entrar á nadie. Hacia las once se le figuró oír pasos ligeros en la carretera. Después, como si le llamaran, un soplo apenas, que le hizo estremecerse. Corrió á abrir la ventana y á través de las persianas distinguió una sombra sutil. Llegó á él una voz muy suave.

—Señor Lucas, soy yo; es preciso que hablemos ahora mismo.

Era Josina. Sin reflexionar, bajó Lucas y abrió el porti-

llo que daba al camino. La hizo subir, la llevó por la mano á su cuarto cerrado con tanto rigor, donde alumbraba una lámpara de apacible claridad. Terrible inquietud le sobrecogió al reparar en ella y ver sus vestidos en desorden, el rostro maltratado.

—¡Dios mío, Josina, que tiene usted! Que sucede.

Lloraba; su cabellera desatada caía sobre su garganta cuya blancura delicada dejaba ver el cuello de su vestido desgarrado.

—¡Ah! Señor Lucas, he querido decirle á usted... no es porque me haya vuelto á pegar al volver á casa; eso no importa; vengo por las amenazas que le he oído... es preciso que usted se entere esta misma noche.

Contó que Ragú al saber lo que había sucedido en la calle de Brias, los infames agravios causados al amo, se había ido á la taberna de Caffiaux arrastrando á Bourron y otros camaradas. Acababa de volver borracho gritando que ya estaba harto de la horchata de la Crêcherie, que no estaría un día más en una jaula en que reventaba uno de aburrimiento, en que no se tenía el derecho siquiera de beber un vaso de más. Luego, animándose con palabras soeces, había querido obligarla á hacer inmediatamente el equipaje para irse por la mañana temprano al Abismo que aceptaba á todos los obreros que salían de la Crêcherie. Y como ella quisiera esperar, había acabado por pegarla y echarla de casa.

—Lo mío no importa, señor Lucas. Pero usted, ¡Dios mío, es á usted á quien insultan, á quien quieren hacer tanto daño!... Ragú marchará mañana temprano, nada le detendrá, llevará consigo de seguro á Bourron y otros cinco ó seis compañeros que no me ha nombrado... y yo ¿qué quiere usted que haga? Tendré que seguirle, y todo esto es para mí una pena tan grande que he tenido necesidad de venir á decirselo en seguida, temiendo no volver á verle. Continuaba él mirándola; nueva ola de amargura llenaba su corazón. ¿Era, pues, el desastre, mayor que el

creía? Los obreros le dejaban, se volvían á su dura y sucia miseria de antaño, con la nostalgia del infierno de que él quería sacarlos con tanto esfuerzo. En cuatro años no había conquistado nada ni de su inteligencia ni de su afecto. Y lo peor era que Josina ya no era feliz, que volvía á presentársele, como el primer día, ultrajada, herida, arrojada á la calle. Nada se había adelantado pues; había que volver á empezar, pues Josina ¿no era el pueblo que sufría? No había obedecido á la necesidad de la acción hasta la noche en que la había encontrado tan dolorida, tan abandonada, víctima del trabajo maldito, impuesto como una esclavitud. Era la más humilde, la más baja, casi en el arroyo, y era la más bella, la más amable, la más santa. Mientras la mujer sufriera, no estaría salvado el mundo.

—¡Ay Josina Josina, lo que yo la compadezco á usted y la pena que me dá!—murmuró con voz de infinita ternura, mientras también lloraba vencido por las ajenas lágrimas. Pero al verle llorar así padecía ella mucho más. Llorar él con tanta amargura con tan grande dolor, él que era su dios, á quien ella adoraba como un poder superior por lo que la había socorrido, por la alegría de que había llenado para siempre su vida. El pensamiento de los ultrajes que acababa de sufrir, de aquel calvario atroz de la calle de Brias redoblaba su adoración, le acercaba más á él con el deseo de curar las heridas, de entregársele por completo, si este don podía darle la paz de un instante. ¿Que hacer para amenguar su tortura? ¿Como borrar el insulto de su rostro y hacerle sentirse respetado, admirado, adorado? Se inclinaba hacia él con las manos abiertas, exaltado el rostro por el amor.

—¡Ay señor Lucas, la tristeza que siento al verle desgraciado; que dicha la mía si pudiera suavizar un poco sus tormentos!

Estaban tan cerca que sentían en el rostro el calor de su aliento. La mutua compasión los abrasaba con el fuego

de una ternura, que no sabía lo que hacer. ¡Cómo padecía ella, cómo padecía él! Y él pensaba solo en ella y ella pensaba solo en él, con una lástima inmensa, un inmenso anhelo de caridad y de ventura.

—A mí no hay porque compadecerme; solo se trata de usted Josina, cuyo sufrimiento es un crimen, y á quien yo quiero salvar.

—No, no señor Lucas, lo mio no importa; es usted quien no debe sufrir porque es el Dios bondadoso de todos.

Entonces, como iba ella dejándose caer en sus brazos, la estrechó él contra sí en abrazo apasionado. Era la necesidad inevitable, dos llamas que se juntaban para no ser más que un foco único de bondad y de fuerza. Y se cumplió el destino; se entregaron uno á otro con el mismo anhelo de producir la vida y la dicha. Todo lo había traído á esto; habían tenido la súbita visión del amor nacido una noche y que había crecido lentamente acumulado en el fondo de su pecho. Y no había allí más que dos seres que se encontraban en el beso tanto tiempo esperado que llegaba á florecer. No había remordimiento posible; se amaban como existían, para estar sanos, para ser fuertes y fecundos.

Luego, en esta alcoba tan tranquila, tan agradable, cuando Lucas, por largo espacio, tuvo á Josina entre sus brazos, sintió que le había llegado un gran auxilio. Solo el amor traería la armonía de la ciudad. Esta Josina deliciosa que había hecho definitivamente suya, era su comunión íntima con el pueblo de los desheredados. La unión estaba sellada; el apóstol, en él, no podía permanecer infecundo, necesitaba una mujer para rescatar la humanidad. ¡Y cómo venía á confortarle la pobre jornalera sucia, maltratada que había encontrado muerta de hambre, y que era en aquel momento, sobre su pecho, una reina de encanto y voluptuosidad! Había conocido ella la mayor miseria, ella la ayudaría á crear un mundo nuevo de es-

plendor y de alegría. De ella, solo de ella necesitaba para cumplir su misión, pues el día en que hubiera salvado á la mujer, el mundo estaría salvado.

Dulcemente, le dijo:

—Dame tu mano, Josina, tu pobre mano herida.

Y ella le dió la mano, aquella á que faltaba el dedo índice, cortado, arrebatado por el engranaje de una máquina.

—Es muy fea;—murmuró ella.

—¡Fea! ¡Ay! no, Josina; para mí es tan querida, que de toda tu persona adorada ella es lo que yo beso con mayor devoción.

Había aplicado sus labios á la cicatriz, y cubría de caricias la mano pequeña, débil, mutilada.

—¡Oh cuanto me quiere usted, Lucas, y cuanto le quiero!

Tal fué el grito encantador, el grito de dicha y de esperanza que los reunió en nuevo abrazo. Fuera, sobre Beauclair hondamente dormido, pasaban los ruidos de los martillos, el retumbar del acero de la Crêcherie y del Abismo, luchando con el trabajo nocturno. Y sin duda, la guerra no había concluído, la terrible batalla entre ayer y mañana iba á ser más encarnizada. Pero en medio de los mayores tormentos, un descanso de felicidad habia venido, y fueren los que fueren los padecimientos todavía, arrojada estaba la inmortal semilla del amor para las cosechas futuras.

III

Y desde entonces este fué el grito de Lucas á cada nuevo desastre que hería á la Crêcherie, cuando los hombres se negaban á seguirle y dificultaban la fundación de su ciudad de trabajo, de justicia y de paz.

—¡Es que no aman! si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol.

Llegaba su empresa á la hora angustiosa y decisiva de la regresión, del paso atrás. En toda marcha hacia adelante, llega esta hora de la lucha, de la parada forzosa. No se avanza, hasta se retrocede, el terreno ganado parece hundirse, y que jamás se llegará al fin. Y esta es la hora también en que se prueban los héroes con su firmeza de alma, su indomable fe en la final victoria.

Al día siguiente, Lucas procuró retener á Ragú que quería romper el trato y dejar la Crêcherie para volver al Abismo, pero tropezó con una voluntad maligna y amiga de burlas que gozaba haciendo mal en el momento en que la deserción de los obreros podía arruinar la fábrica. Pero habia también algo más profundo; la nostalgia del trabajo esclavo, del tornar á la miseria negra, nauseabunda, á todo el repugnante pasado, que seguía en la sangre. Al tibio sol, en la alegre pulcritud de su casita rodeada de verdores, Ragú echaba de menos las calles estrechas y pestíferas del viejo Beauclair, las casuchas leprosas á través de las cuales corría el soplo de la peste. El olor acre de la taberna de Caffiaux le asediaba, cuando pasaba una hora en la gran sala clara de la Casa-Comunal, donde el alcohol estaba prohibido. El buen orden de los Almacenes